

Andrés Sabella

Siempre Baudelaire

A María Karouky



CUANDO Charles Baudelaire aceptó el oficio de poeta, desdeñando las venturas de la burguesía francesa de 1800, comprendía bien en qué infiernos metía sus manos, las manos que desnudaron a las mujeres fatales de la rima para buscarles el resplandor que les carcomía el seno:

«Todos los verdaderos escritores llegan a experimentar en un momento determinado un intenso horror hacia la literatura» (1).

Baudelaire habrá de servirnos, indefinidamente, en las cacerías de fantasmas que llevamos a cabo; en cada poema hará de guía y cuerno de caza, alentando nuestro corazón para los riesgos de los idilios con la luna,

(1) «De las amantes», IX de los «Consejos a los jóvenes escritores», Colección «Los Raros», Editorial Poseidón, Buenos Aires, 1944, Traducción, prólogo y notas de Roger Plá.

para las aventuras contra el vértigo, el abismo, el hambre y las desventuras.

El nos sujetará de la chaqueta, cuando vacilemos, gritando, a quemarropa, su desprecio:

— ¡Miserables, acordáos que sois poetas!

Entonces, las dudas se marchitarán, y retornaremos al ataque del Verbo, que no otra semejanza encontramos para la poesía: ataque al ejército más numeroso y peligroso, el de las palabras y las ideas, ejército de negros y de blancos que esconden, íntegros, la raíz del Universo y de sus criaturas.

La poesía es el timón del alma. Sin ella no seríamos capaces de existir. Es merced a su apoyo, [trágica dama de compañía de nuestras desdichas], que logramos doblegar al varón erizado de sentido común, que conseguimos el suficiente ejercicio para que no mueran la rodilla con la que nos humillamos ante la Gracia.

Podrá faltarnos el oro de los ojos, pero no la muralla de la poesía, la muralla donde escribimos el nombre de los relámpagos que nutren a la serpiente que circunvala al ser:

«¿Cómo sorprenderse entonces de que todo hombre normal pueda pasarse dos días sin comer? Pero sin poesía, jamás» (2).

Es necesario recordar, constantemente, que la poesía, cuyas mandíbulas de tempestad trituran y confun-

(2) «De la Poesía», VII de los «Consejos a los jóvenes escritores», las mismas indicaciones anteriores.

den, queda siempre inmaculada después de los incendios que fulminan al corazón; la poesía se da como rosa macabra en medio de las sienas, como rosa que rasgaran las jaurías del Acaso y del Nunca...

¡Oh, estatua de los Mitos! Tú nos arrugas de Eternidad para que conjugemos nuestro rostro con el traje de cicatrices del Arbol de las Alegorías. Tú nos adiestras para timoneles de fábula en el navío de las terribles canciones, el navío que reconocen las sirenas por su proa comida a dentelladas y a infortunios, y que aparece en los puertos tal el más infeliz mendigo de infinito.

Charles Baudelaire llega a la pila bautismal de los poetas, de negro absoluto, sonriendo y jugueteando con volutas imaginarias: es el padrino en el bautizo con agua maldita de la poesía. Su voz descompone las sílabas en funerales silenciosos, y va diciendo, mientras los poetas dejan que el horrible vicio les principie a gangrenar las manos, sus feroces quartetas, su vinagre:

«Cuando por un decreto de las fuerzas supremas aparece el poeta en el tedio del mundo, su madre horrorizada, de blasfemias henchida, alza hasta Dios, piadoso, sus dos puños crispados:

—«¡Ah! ¿por qué no parí un nido de víboras en vez de alimentar esta triste irrisión? ¡Maldita sea la noche de efímeros placeres en la cual concibió mi vientre su castigo!» (3).

(3) «Bendición», traducción de J. M. Hernández Pagano, Editorial Leyenda, Méjico, 1944.

Nadie puede ser alumno de la Universidad Endemoniada de la Poesía, sin recibir un beso del agrio, puro, profundo y sustancial Baudelaire. El es completo; la Colmena de la Poesía. Recordemos que Jean Arthur Rimbaud le llamó un verdadero Dios. Y que sus «Flores del Mal» no mueren jamás: para sus ramos, el aire no tiene dientes de olvido. Las flores «baudelaireanas» engalanan el ataúd de nuestra última duda, antes de enrolarnos a la dotación de los navíos:

«Al poeta siniestro que las familias odian,
querido en el infierno, cortesano sin rentas,
lupanares y tumbas le brindan en su olmeda
un tálamo que eluden los remordimientos» (4).

Santo y Satanás, Charles Baudelaire nos entrega la llave para penetrar a la alcoba de la Reina de las Reinas, la del séquito formado por diez mil sombras de vagabundos, y el solio levantado sobre la calavera del primer hombre que varió el nombre de las cosas, esto es, del primer poeta:

«Tú me has dado tu barro y yo he fabricado el oro» (5).

Cuando la poesía se dispone a ser el Guerrero del

(4) «Libertinaje y muerte», las mismas indicaciones de la nota anterior.

(5) Proyecto de Dedicatoria a «Las Flores del Mal».

Destino, y los duendes bajan a nuestros libros para azularlos con leyenda y maravilla, es Baudelaire, ¡él mismo!, quien decide a la poesía y quien ayuda a los duendes; él (no sospechamos en qué aguas baña su cabeza de prodigiosa amapola, ni en qué medianoche del crimen obtuvo sus ojos de pantera), cambia a la luna de sitio; ensangrienta a los símbolos y a las máscaras, y cose con centellas los labios de la muerte:

«¡Gusano! ¡Compañero ciego y silencioso!
mira cómo en tu busca llega un muerto gozoso:
filósofo, nacido en nuestra podredumbre,

húndete en la ruina de mis músculos yertos,
y dime si aún le guardas alguna pesadumbre
a este cuerpo sin alma de un muerto entre los muer-
[tos» (6).

Nietecillos de Homero, los poetas deberán someter sus herramientas al beneplácito de Charles Baudelaire, el cachorro legítimo de las heridas del Ciego: si el poeta de «Las Flores del Mal» no rehusa besarlas, disponed, poetas, del arco-iris y de las islas, de los pájaros y de los minerales, porque Baudelaire es el mejor catador del vino que arde adentro de nuestras células cerebrales.

(6) «El muerto gozoso», traducción de Eduardo Marquina, Francisco Beltrán, editor, Madrid.